

BESADAS POR EL FUEGO

MONTSE GODRID



Besadas por el fuego

Montse Godrid
Besadas por el fuego

Primera edición: julio, 2018.

© 2018 Montse Godrid. Reservados todos los derechos. Prohibida su reproducción, distribución o comunicación pública, total o parcial, por cualquier medio y en cualquier tipo de soporte, sin la preceptiva autorización por escrito de la autora.

© 2018 Maquetación y diseño de portada: Montse Godrid.

Los personajes y hechos incluidos en esta obra de ficción son inventados. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Se han tomado licencias históricas con motivo de la trama.

Los nombres comerciales y marcas presentes en esta publicación son propiedad de las empresas que disponen de los derechos sobre los mismos.

Versión en papel ISBN: 9781980568223.

Para contactar con la autora, envíe un correo a montse@godrid.com.

A Tito,
la sal de mi tierra,
la luz de mi mundo.

CAPÍTULO I

Hemeroscopio, actual provincia de Alicante, siglo VII a. C.

Pudo haber sido de otra manera: otros los que arribasen a este recóndito lugar, se sobrecogiesen al desenterrar el aciago descubrimiento y, atemorizados ante la inminente muerte, se encomendaran a sus deidades; sin embargo, ocurrió así. Había permanecido ahí desde siempre, oculto bajo varios metros de tierra, aguardándoles con paciencia infinita.

La leyenda que inició la aventura brotó de un bisbiseo que desembarcó en un puerto. El mito fue saltando de unos a otros como piojos plateados. Su brillo aumentaba cuantas más cabezas contagiaba, hasta que un adalid quiso establecer su veracidad. Se decía que Coleo, un navegante de la cercana isla de Samos, quien no pudo evitar ser arrastrado por el viento Apeliotes, llegó a unas lejanas tierras donde el oro y la plata abundaban como los peces en el mar. Se contaba que se repartían lámparas de bronce en los poblados, obtenidas al fundir cobre y estaño en colosales hornos de carbón, y conseguían así alejar a enemigos y bestias, al iluminar las oscuras noches con ellas. Se afirmaba que los yacimientos metalíferos, someros y numerosos, se extendían a lo largo del reino de Tartessos.

Un obstáculo se interponía entre ellos y los metales: aquel inexplorado territorio se encontraba más allá de las Columnas de Hércules, límite del mundo conocido. Esos hombres ambicionaban una vida mejor, así que, reunidos en asamblea, decidieron que merecía la pena intentarlo. Empezarían el viaje y, una vez allí, mercaderían con los habitantes del lugar. Si no eran devorados por una bestia marina o se precipitaban al vacío que existía más allá del

confín de la Tierra, establecerían una relación comercial beneficiosa para todos.

De la ciudad griega de Focea, en las costas de Jonia, partieron los valientes que vivieron esa epopeya. Para alcanzar Tartessos, izaron las velas desde sus colonias más cercanas en Massalia. Zarparon en pentecónteros, barcos de guerra impulsados por cincuenta remeros, y no en naves mercantes. Aunque sus intenciones no eran hostiles, tomaron dicha medida para defenderse de los peligros y enemigos con los que se podrían encontrar.

En el momento en que Cleon, el adalid focense, consideró que la primera expedición se encontraba preparada, ordenó realizar un sacrificio con el fin de conocer las señales de los dioses. Se degolló un gallo con el propósito de que fuese íntegramente consumido por el fuego, pero al cortarle la cabeza la sangre brotó negra y pestilente. Se determinó que el resultado del holocausto había sido infausto y se decidió posponer el viaje. Tiempo después recordaría aquella decisión, que trajo consigo un par de meses más de dicha junto a su amada esposa y la concepción del hijo al que nunca llegó a conocer; y dudó de si el designio divino se refirió al viaje o a él mismo.

Cleon no decayó en su empeño y aguardó un buen presagio. Este llegó en forma de bandada de aves que, como si de un sueño se tratara, entintaron el cielo al sobrevolarles, generando un sepulcral y sonrosado silencio. Aun así, consultaron al oráculo y, al obtener una respuesta favorable, partió la segunda expedición.

Las cartas de navegación que poseían se encontraban incompletas, por lo que Cleon ordenó a las naves alejarse de la costa, hasta casi perderla de vista, para evitar encallar en las islas no marcadas en los mapas.

Los dioses fueron amables y les obsequiaron con un agradable clima. Pero las intenciones divinas no siempre son lo que aparentan y, a lo largo de la travesía, ni un sople de aire impulsó las velas para que los remeros pudieran descansar. El viento no quería que llegaran. Los exhaustos hombres dormían en el mismo sitio en el que luego rema-

ban toda la jornada. Tras dos semanas agotadoras, para que los ánimos no decayeran, Cleon anunció que realizarían una escala, necesaria para aprovisionarse de alimentos frescos y agua dulce, durante la cual pudieron estirar las piernas y tumbarse en un prado verde durante horas.

Al finalizar la tercera semana de viaje, divisaron en lontananza las Columnas de Hércules. Una bruma densa de silencio y solemnidad anegó las naves. La tripulación sabía que las gestas que ocurrieran desde ese momento se gloriarían en canciones épicas entonadas por los hombres mientras estos tuviesen voz. Al acercarse a la costa del sur de Iberia, fueron atacados desde tierra por los fenicios, un pueblo belicoso e inmemorialmente enemistado con los griegos. Cruzaron el estrecho paso marítimo bordeando la costa de Mauritania. No contaron con que el otro pueblo colonizador les iba a dificultar tanto el comercio de los codiciados metales. A esos otros hombres, provenientes de Tiro, les infestaron también con el rumor metálico.

Las bodegas permanecían casi vacías, lo cual les facilitó las maniobras, mas desde ese momento entrevieron que sería difícil regresar por la misma ruta, plagada de fuertes corrientes y de enemigos, con un pesado cargamento de metales en los pañoles de las naves, por bien que estimasen la carga y gobernasen los barcos con pericia.

Otearon desde lejos la muralla de Gadir y, tras perderla de vista, una bandada de aves rosas les sobrevoló. Cleon creyó que se trataba de los mismos pájaros que contemplaron antes de su partida. Lo consideró una señal propicia. Dado que no tenía mapas con los que guiarse, decidió dejar al albur el lugar donde debían desembarcar. Se encontraban frente a la desembocadura de un río, así que lo remontaron.

La fortuna quiso que al atardecer divisaran una ciudad sobre un cerro. Desembarcaron y esperaron con paciencia a una distancia prudencial, hasta que una comitiva de bienvenida los acompañó al interior. Presentaron sus respetos a Argantonio, rey de Tartessos, obsequiándole con presentes traídos desde diferentes puntos del, para

aquel monarca, desconocido y ancho mundo. Cuando ellos llegaron, los fenicios iniciaban la colonización del sur de Iberia y ya negociaban con los tartesios, a los que deslumbraron con su cultura, enseñándoles el alfabeto y nuevas artes de orfebrería y artesanía. En la primera conversación que mantuvo Cleon con el rey, encontró la manera de convencerle para que mercadeara con ellos. Le mostró un retazo de lo que la cultura griega podría aportar al pueblo tartesio: le enseñó su escritura, sus cartas e instrumentos de navegación, sus conocimientos de filosofía, matemáticas y astronomía. Hablaron durante toda la tarde y gran parte de la noche hasta que, de madrugada, ambos estrecharon las manos y sellaron así sus destinos.

Los griegos recién llegados, como mercaderes de tradición que eran, entablaron sin trabas amistad con los nativos. El clima y la comida no diferían en exceso de los propios, así que lo único que extrañaron durante la estancia en aquel bello paraje fue a sus familias. En ese territorio tan alejado, se producían unos vinos si cabe mejores a los suyos, y los nativos gustaban de compartirlos y reír con los extranjeros que les visitaban. Allá donde crece la vid, el temperamento de las personas es cálido como el sol que los templaba.

Consiguieron dar comienzo a las tan ansiadas relaciones comerciales; no obstante, les resultó difícil transportar los metales hasta su hogar por la ocupación fenicia en la costa sur de la península donde se hallaba el reino de Tartessos. Les era imposible retornar por la misma vía sin que atacasen los cargados barcos, así que idearon una ruta alternativa con el fin de regresar con las bodegas llenas hasta Grecia.

Cleon decidió que debían establecerse en el oriente de Iberia. Así fue como crearon la vía Heraklia, para llevar por tierra las mercancías hasta el levante y, desde ese punto, transportarlas hasta el Mar Egeo. El viaje desde el reino de Tartessos hasta el este duró pocas jornadas. Una vez allí, se dirigieron al cabo marítimo más sobresaliente al norte de Cartago Nova, lugar hasta donde alcanzaban las colonias

fenicias. Cleon supo que esa era la ubicación propicia al contemplar unas aves rosas que descansaban apacibles en la marisma salada que formaba el río Alebus en la desembocadura. Frente a ellos se encontraba la pequeña isla de Planesia, que a ellos les servía de guía. Los islotes que la circundaban evitaban a los intrusos, cuyos pecios plagaban el fondo marino. Como si la mismísima Gea hubiese yacido sobre esos valles, eran tierras fértiles como doncellas de sonrosadas mejillas y anchas caderas.

Fundaron en la costa oriental una colonia permanente que denominaron Illikitanos Limen. Construyeron las infraestructuras esenciales que necesitaban para realizar los envíos periódicos de metales. Para proveerse de los víveres necesarios, una expedición remontó el río Alebus y buscó un lugar idóneo donde cultivar la tierra. A poca distancia de la costa fundaron Hemeroscopio que, al igual que la ciudad de Atenas, distaba algunas millas del mar para evitar ataques marítimos. Esta villa se convirtió en el centro neurálgico del metal traído de Tartessos, desde donde se distribuía en barcos hasta Grecia.

Cleon mandó una misiva a su esposa, solicitándole que se reuniera con él en aquella apacible población donde ningún mal podría acaecer sobre ellos, o eso pensó. Pese a su avanzado estado de gestación, al ser una mujer joven, fuerte y enamorada, no dudó en acudir a la llamada de su esposo nada más recibir la buena nueva.

El comercio trajo más prosperidad a la zona, lo que facilitó que la población aumentase rápido. Pese a la fortuna de la que disfrutaban y a la benevolencia del clima que les bendecía, consideraron abandonar el poblado tras el nefasto hallazgo.

Resolvieron excavar pozos para cubrir la necesidad de agua de la creciente población. Los dioses fueron magnánimos durante la construcción de los dos primeros. Mientras obraban el tercero sobre un montículo, la misma mañana en la que la esposa de Cleon desembarcaba en Illikitanos Limen, una repentina tormenta supuso un mal augurio que nadie percibió.

La lluvia arreciaba con fuerza y los relámpagos cortaban el cielo seguidos de estrepitosos sonidos metálicos. Los dos hombres que se encontraban en el fondo continuaban cavando y los del exterior se afanaban en retirar los cubos de lodo que extraían del pozo. El cielo se iluminó y les cegó. Un alarido retumbó desde el agujero con más fuerza que los truenos. Los que trabajaban en la superficie, alarmados, se asomaron al foso. Distinguieron con horror cómo uno de sus compañeros yacía inerte y cómo el otro, aterroizado, trepaba desesperado por las paredes, perdiendo uñas y sangre en el ascenso. Le ayudaron a subir, sujetándole con fuerza de sus temblorosos y agarrotados brazos. Tuvieron cuidado de que no les arañase o les despeñase, por sus movimientos bruscos e incontrolados.

Quedó tumbado en el suelo, ovillado, musitando una letanía que no parecía tener sentido, al compás de un ritmo inaudible con el que se mecía. Ambos hombres emplearon toda su fuerza para conseguir separarle la cara de las rodillas. Su cabello había mudado de color: se volvió de un blanco níveo. La mitad del rostro se hallaba paralizado con un rictus que mostraba el horror vislumbrado. Y sus ojos, solo podrían describirse como los de quien vio el Mal.

Del mismo modo repentino como comenzó, finalizó la lluvia. Portaron entre ambos al superviviente a la Asamblea, donde relató con dificultad lo que había sucedido. Nadie que no hubiese observado sus pupilas habría dado crédito a sus palabras, pero el terror se reflejaba en ellas como la tempestad en el mar.

No tardaron en relacionar los hechos que habían ocurrido de forma simultánea en ese momento, aunque algunos no los descubrieron hasta días después. Las mujeres encintas del poblado, incluida la esposa de Cleon, parieron prematuramente bebés muertos envueltos en placenta negra y maloliente. Las simientes y los cultivos de los campos cercanos se pudrieron sin causa aparente, como si hubieran sido inundados con ponzoña. Y los animales que no se encontraban en jaulas, en corrales o atados; huyeron sin dejar rastro.

El pánico se adueñó de todos. Unos gritaban que debían huir, otros que los dioses se habían ofendido. Varios grupos lloraban abrazados y algunos corrieron en diferentes direcciones hasta el límite de sus fuerzas.

Tras sumirse la población de Hemeroscopio en un caos, se alzó la voz de Cleon:

—¡Debemos realizar una hecatombe! —sentenció sin más argumentación.

Todos le observaron en silencio. Él aprovechó la tensa calma para pasear entre los rostros expectantes. Fue posando la mano derecha sobre el hombro de aquellos que todavía lloraban o temblaban.

Los hombres fueron aquietando las alteraciones de su ánimo y asintiendo en silencio mientras se enjugaban las lágrimas. No se les ocurría nada más efectivo que el sacrificio de cien reses para apaciguar la furia de los dioses.

Sin tiempo que perder, realizaron el ritual de limpieza, se colocaron las mejores vestimentas y formaron la procesión que conducía a los animales al altar. A la cabeza de la misma se encontraban Cleon, el sacerdote y los magistrados. Los asistentes se reunieron en las escaleras del templo, envueltos en un pesado silencio de temor, con la intención de acompañar con oraciones la solemne ofrenda religiosa.

En el ágora, frente a la entrada del templo, se encontraba el altar. Lo flanquearon dos jóvenes que portaban el agua lustral y una cesta con granos de cebada majada que cubrían el cuchillo ceremonial. Los presentes, con el corazón en un puño, contenían la respiración con cada movimiento del sacrificante.

El sacerdote pronunció las plegarias y se aproximó al primer toro. La doncella encargada del agua lustral le siguió y, a su señal, vertió sobre sus manos el simbólico líquido. Él asperjó con el agua la cabeza de la res, con el fin de purificarla, al mismo tiempo que le bajaba la testa para obtener su asentimiento. Tomó unos cuantos pelos de la testuz de la víctima sacrificial. Sacó el cuchillo de la cesta y depositó en su interior el mechón. Después arrojó el contenido al fuego que ardía sobre el altar.

Fue entonces cuando el encargado de matar a los toros tomó el hacha y abatió al animal con un tremendo golpe en la frente. El cabestro se hincó de rodillas y trató de mantener la vida. Tras unos instantes de vacilación, acabó exhalándola. Dispusieron al manso bocarriba a fin de que, al degollarle el sacerdote, la sangre se alzase hacia el cielo. Deseaban que así se calmase la ira de los dioses que la insolencia humana había desatado.

Las mujeres movían las lenguas dentro sus bocas mientras emitían rítmicos gritos. El sacerdote tomó un cáliz, lo llenó de la sangre caliente que brotaba del animal y la vertió sobre el altar.

Se sacrificó, desangró y evisceró a las cien bestias. Un líquido denso y negruzco alcanzó un palmo de altura en la plaza. El cielo, rasgado por incesantes rayos que iluminaban los rostros arrasados por el miedo, adoptó el mismo color que el suelo.

El viento sopló huracanado. No llovió.

Ninguno de los allí presentes estaba seguro de si vería la luz del sol al día siguiente.

CAPÍTULO II

Alicante, viernes 3 de junio de 2016.

Su recuerdo seguía atormentándole. Se había adherido a su corazón como un chicle a una suela, como una rémora a un tiburón, como una sanguijuela a la piel. Él lo intentaba todo a fin de no pensar en ella, sin darse cuenta de que su esfuerzo la acercaba más a su memoria.

Como todas las mañanas al llegar al despacho, Marcus encendió el ordenador, salió al pasillo para servirse agua caliente del dispensador en su taza y se preparó un *chai*. No podía evitar acordarse de ella cada vez que tomaba ese té, pero se negaba a cambiar sus costumbres por una mujer que ya no formaba parte de su vida. «Higiene mental», se repetía para sí cuando algo le hacía recordarla, hecho que aún sucedía a diario. Ya fuera verano o invierno, ella siempre se calentaba las manos en el recipiente al tomar su infusión favorita. Esos pequeños detalles eran los que le resultaban imposibles de olvidar: las sonoras caladas al fumar, los gruesos calcetines de estar por casa arremolinados en sus finos tobillos, el tamborilear de sus dedos al impacientarse y, por supuesto, su mirada perdida mientras fumaba y calentaba sus perennes manos frías en la taza de té.

Al volver a sentarse, por poco no tiró la taza al depositarla sobre el escritorio cuando miró la página de inicio de *msn.com* en la pantalla. La noticia pasó de manera automática a la siguiente. Pinchó rápido para retroceder y poder leerla: «Importantes hallazgos en las nuevas excavaciones de la Alcudía», rezaba el titular. El artículo informaba de una serie de objetos de diferentes cronologías encontrados como resultado de un proyecto del Instituto de Arqueología y Patrimonio Histórico de la Universidad de Alicante. En la imagen se observaba a un investigador junto a una mesa

blanca donde se exponían múltiples piezas. Marcus leyó la noticia de cabo a rabo sin percatarse de que tenía la boca abierta. Se descargó la fotografía con el fin de ampliarla y ver mejor los objetos, pero la resolución era baja y al agrandarla quedaba pixelada. En el texto se hacía una breve descripción de los objetos: una lucerna o lamparilla de aceite en la que se representaba una explícita relación sexual entre una mujer y un herma, le causó gran interés dado que conocía que estos pilares con cabeza humana y falo a menudo representaban al dios Hermes, guía de las almas de los muertos en el averno; una pequeña Venus romana tallada en hueso; cerámicas extraídas del sector 4F de La Alcudía; sacas repletas de conchas de caracoles y ostras que, en el siglo V a. C., fueron bolsas de basura; detalles de estucos que se desprendieron de las paredes de algunas casas; monedas de diferentes épocas y una misteriosa tablilla de piedra compuesta por un texto grabado en griego clásico y un puño en alto relieve. Se explicaba que los arqueólogos no entendían la relación que guardaba esa última pieza con el lugar donde había sido descubierto. Tras una segunda lectura, buscó un número de teléfono en Google, descolgó y marcó.

—Fundación Universitaria de Investigación Arqueológica La Alcudía, dígame —le respondió una mujer, con voz aguda y nasal, al otro lado del aparato.

—Buenos días, me llamo...

—Buenos días —le interrumpió la voz femenina del otro lado de la línea.

—Soy Marcus Clever García, jefe de adquisiciones del MARQ. Quisiera hablar con Alejandro Ramos, el director.

—Marcos, entiendo lo que me pides —le tuteó la mujer desconocida—, pero va a ser que no porque Alejandro está muy ocupado... —bajó el tono de voz hasta hundirlo en un susurro—; se acaba de hacer un gran descubrimiento.

—Disculpe, me llamo Marcus, no Marcos. ¿Nos conocemos?